Los baúles de Rommel

Prólogo del editor

LAS páginas que suceden reúnen el testimonio de Erwin Rommel sobre las campañas en las que intervino durante la Segunda Guerra Mundial. La base de estas *Memorias* son sus propios escritos, diarios y apuntes de campaña, conservados de forma fragmentaria y reunidos después de su muerte. A tal fin, para la realización de esta edición hemos seguido la de referencia publicada en 1953 con el título *The Rommel Papers*, preparada por B. H. Liddell Hart.

El volumen incorpora los relatos de Rommel sobre Francia y el norte de África, así como su papel en los acontecimientos de Italia y ante el desembarco de Normandía. La campaña de Francia de 1940 ocupa un lugar central en el relato. Rommel mandaba entonces la 7.ª División Panzer y avanzó con una rapidez que le valió el sobrenombre de «división fantasma». Su unidad penetró profundamente en las líneas aliadas y alcanzó posiciones muy por delante de las fuerzas que la seguían. La campaña muestra ya los rasgos que caracterizarían su manera de combatir: reconocimiento directo, concentración de fuerzas en los puntos decisivos, movimiento rápido y empleo de la sorpresa para desorganizar al adversario.

En Francia, Rommel compartió escenario con Heinz Guderian, aunque sus formaciones actuaron en sectores diferentes. El avance alemán llevó a las fuerzas aliadas hacia el norte y terminó provocando la evacuación de Dunkerque. La detención temporal de las fuerzas blindadas alemanas ante la ciudad sigue siendo objeto de debate histórico y no puede atribuirse a una sola decisión de un comandante. El episodio marcó, en cualquier caso, el final de la primera gran fase de la campaña occidental y permitió la retirada británica del continente.

La guerra en el norte de África constituye la parte más extensa de estas memorias. Rommel llegó allí en 1941 al frente del Afrika Korps y convirtió el desierto en el escenario de una guerra de movimientos en la que la velocidad tenía una importancia decisiva. Sus fuerzas combinaban carros de combate, artillería, unidades antitanque, infantería y reconocimiento. Buscaba penetrar por los puntos débiles, aparecer en los flancos o en la



Diversas imágenes a lo largo de la vida de Rommel, desde su juventud hasta alcanzar el generalato, incluyendo una fotografía con su hijo Manfred. Wikimedia Commons.

retaguardia y obligar al adversario a reaccionar antes de haber podido organizar una respuesta.

La llamada *Blitzkrieg* no fue simplemente una guerra librada con tanques a gran velocidad. Se basaba en la concentración de fuerzas, la coordinación de armas diferentes, la ruptura de las posiciones enemigas y la explotación inmediata de esa ruptura. La velocidad tenía un valor táctico, pero también psicológico: dificultaba al enemigo conocer la situación, reorganizar sus unidades y establecer una línea de defensa estable. Rommel llevó estos principios a una forma particularmente personal de mando, con una presencia constante en los lugares donde consideraba que se estaba decidiendo el combate.

El desierto fue especialmente favorable para esa concepción de la guerra. Las grandes distancias y la escasez de obstáculos permitían que una formación blindada recorriera grandes espacios y apareciera inesperadamente en los lugares menos protegidos. Rommel desarrolló una capacidad singular para interpretar ese terreno y utilizarlo operacionalmente. Su experiencia africana explica también su posterior convencimiento de que la superioridad aérea aliada modificaría las condiciones de la guerra de movimientos en Europa.

Las *Memorias* muestran al mismo tiempo los límites de esa forma de combatir. Las victorias de Rommel no eliminaron los problemas de abastecimiento, especialmente graves en el norte de África, ni la diferencia creciente entre los recursos disponibles para las fuerzas del Eje y los de sus adversarios. El propio relato deja ver cómo las operaciones dependían de

combustible, municiones, reemplazos y comunicaciones. La movilidad que constituía una de sus principales ventajas podía convertirse en una debilidad cuando sus unidades se alejaban demasiado de sus bases de suministro.

A partir de 1943, la situación militar alemana había cambiado profundamente. Rommel participó en los preparativos de la defensa de Italia después de la capitulación italiana y, posteriormente, recibió el encargo de inspeccionar y reforzar las defensas occidentales.

En Francia se encontró con una estructura defensiva incompleta y con una discusión estratégica sobre la forma de afrontar el desembarco aliado. La cuestión fundamental era dónde debía emplearse la fuerza acorazada alemana cuando comenzara la invasión. Rommel sostenía que las fuerzas aliadas debían ser detenidas en las playas. Su experiencia en África le había convencido de que la supremacía aérea aliada haría muy difícil concentrar después grandes unidades blindadas para un contraataque. Por ello defendió situar las divisiones acorazadas cerca de la costa, donde pudieran intervenir desde las primeras horas. Otros mandos, entre ellos Rundstedt y Geyr von Schweppenburg, preferían conservar una reserva blindada en el interior para concentrarla contra el lugar principal del desembarco. La decisión final fue un compromiso. Algunas divisiones acorazadas quedaron bajo el control de Rommel, mientras otras permanecieron como reserva bajo una estructura de mando que requería la autorización de Hitler para su empleo. La disputa no era simplemente personal. Respondía a dos concepciones diferentes de la defensa: detener la invasión en la costa o permitir que el enemigo estableciera una cabeza de puente para atacarlo después con fuerzas móviles concentradas.

La derrota alemana fue acompañada por un cambio en la posición de Rommel respecto de Hitler. La relación entre ambos había sido inicialmente estrecha y el régimen utilizó ampliamente la imagen pública del mariscal. Su prestigio militar resultaba útil para la propaganda alemana y contribuyó a convertirlo en una figura excepcional dentro de la Wehrmacht. Esa misma popularidad le proporcionó una protección de la que otros mandos carecieron, pero también hizo de él una figura particularmente útil para la construcción propagandística del régimen.

En 1944 mantuvo contactos con personas vinculadas a la oposición militar y defendió la necesidad de poner fin a la guerra, pero las fuentes actuales consideran que no participó directamente en la planificación del atentado del 20 de julio. Tras el fracaso de la conspiración, su nombre apareció durante los interrogatorios de los implicados. Ello llevó a que Rommel destruyera buena parte de sus papeles, pero su hijo Manfred pudo re-

cuperar sus diarios y cartas dispersos en numerosos puntos, sobre todo en cajas y baúles ocultos en granjas del suroeste de Alemania.

El 14 de octubre de 1944, dos generales enviados por el Alto Mando acudieron a su domicilio. Rommel fue informado de las acusaciones que lo vinculaban con la conspiración y se le ofreció la posibilidad de suicidarse a cambio de preservar la seguridad de su familia y evitar un proceso público. Eligió el suicidio mediante una cápsula de veneno. El régimen anunció después que había muerto a consecuencia de las heridas sufridas en Francia y le organizó un funeral de Estado.

Con su muerte la leyenda de Rommel se había consolidado. Sus propios soldados lo respetaron por su presencia en primera línea y por su disposición a compartir los riesgos del combate. También sus adversarios reconocieron su capacidad militar. Esa reputación fue utilizada por la propaganda alemana y, después de la guerra, contribuyó a crear una imagen de Rommel separada de otros aspectos de la historia del régimen al que sirvió. Tras su muerte, engrosó la lista de los que pagaron con su vida su oposición al nazismo.

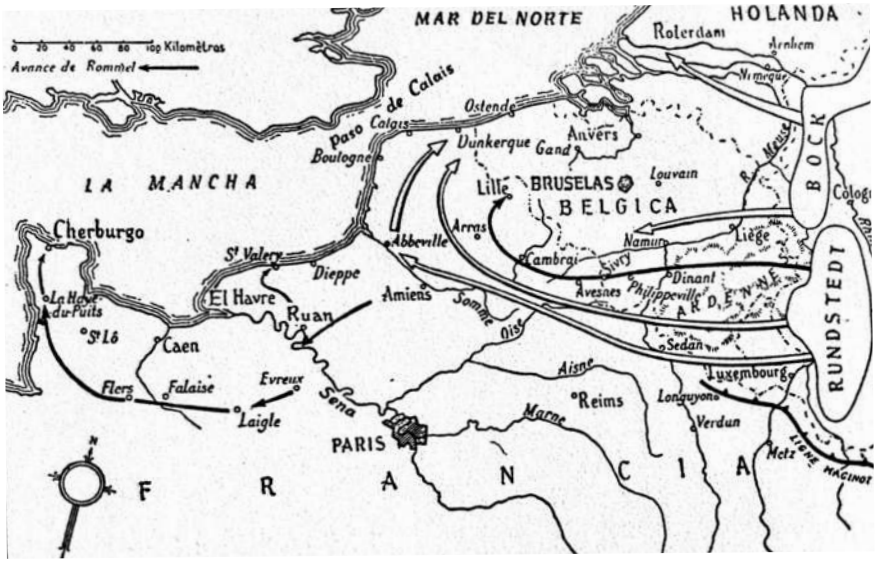
La edición española que aquí se presenta sigue la tradición de la obra publicada originalmente por B. H. Liddell Hart. La primera edición española de las *Memorias* apareció en 1954 en Luis de Caralt, con traducción de Julio Fernández-Yáñez Gimeno. La estructura y la procedencia de los materiales remiten a aquella edición de referencia, que reunió los escritos de Rommel. Estas páginas deben leerse, por tanto, como un documento producido por un comandante que estuvo dentro de los acontecimientos que describe. Son valiosas precisamente por esa proximidad, pero esa proximidad tiene sus límites. Rommel escribe desde su propia posición, selecciona lo que recuerda y explica las operaciones La memoria personal no sustituye a la historia militar, pero permite observar cómo un comandante veía el campo de batalla, cómo tomaba decisiones y cómo interpretaba las posibilidades y las limitaciones de sus fuerzas.

Ese es el interés principal de este volumen. Más allá de la leyenda del «Zorro del Desierto», ofrece el testimonio de un militar que vivió algunas de las campañas más dinámicas de la Segunda Guerra Mundial y que dejó una documentación excepcionalmente detallada sobre su manera de conducirlas. Su lectura permite conocer no solo sus éxitos, sino también las condiciones materiales, las decisiones de mando y los errores que acompañaron cada una de aquellas operaciones.

Javier Fernández Rubio

Santander, 15 de septiembre de 2026

LOS AÑOS DE LA VICTORIA





Arriba, croquis de los movimientos principales de la invasión de Francia. Abajo, Rommel y sus oficiales consultando unos mapas durante la invasión de Francia, en 1940.
Fuente: Bundesarchiv.

PRIMERA PARTE

Francia, 1940

Capítulo I

La ruptura a través del Mosa

En el sector asignado a mi división, el enemigo estuvo disponiendo obstáculos de todo género durante los últimos meses. Carreteras y caminos se veían cruzados por barricadas, y en las rutas principales se abrían grandes hoyos provocados por elementos explosivos. Sin embargo, la mayoría de los reductos no fueron defendidos por los belgas, y solo en algunos lugares mi división se vio detenida por poco tiempo. La mayoría de los núcleos de resistencia quedaron rebasados, pasando campo a través. En todas partes las tropas se pusieron a la tarea rápidamente, destruyendo los obstáculos y dejando libres las comunicaciones.

En nuestro primer choque con tropas mecanizadas francesas, la rapidez de nuestro fuego las obligó a huir precipitadamente. He observado una y otra vez que en tales encuentros la victoria se inclina del lado de quien haya inmovilizado primero al adversario con sus armas. Quien se limita a permanecer esperando acontecimientos lleva las de perder, Los motoristas que encabezan la columna deben mantener dispuestas sus ametralladoras y abrir fuego con ellas en cuanto se oiga un tiro del adversario. Ha de obrarse así incluso cuando se desconoce la exacta posición de aquel, en cuyo caso precisa desparramar los proyectiles sobre el terreno que se encuentre en su poder. La observación de esta regla reduce mucho, a mi entender, las bajas propias. Constituye un grave error el detenerse y buscar cobijo sin contestar al adversario, o esperar la llegada de nuevas fuerzas que tomen parte en la acción.

La experiencia de aquellos primeros encuentros demostró que, especialmente en los ataques de tanques, el actuar de manera inmediata sobre la zona donde se considera oculto al enemigo, en vez de esperar a que varios tanques propios hayan sido tocados, decide la victoria. El fuego a discreción con ametralladoras y antitanques de 20 mm. sobre un bosque en el que el adversario tiene emplazados los suyos resulta tan eficaz, que en muchos casos aquel no puede responder, y opta por abandonar la posición. En combates contra tanques enemigos —que por regla general están armados con

corazas más gruesas que los nuestros—, el iniciar los disparos con rapidez ha conseguido resultados notables.

El 13 de mayo, hacia las cuatro, fui en coche a Dinant, con el capitán Schraepler. Toda la artillería divisionaria se encontraba en posición, según lo ordenado, con los observadores de vanguardia instalados en los puntos cruciales. En Dinant encontré solo a unos hombres del 7.° de Fusileros. Las granadas estallaban en la ciudad, procedentes de las posiciones artilleras francesas al oeste del Mosa, y se veían algunos tanques destruidos con las calles que llevaban al río. El rumor de la batalla llegaba hasta nosotros desde el valle.

No había posibilidad de que mi coche de mando descendiera la áspera pendiente sin ser observado, de modo que Schraepler y yo lo hicimos a pie, a través de la arboleda, alcanzando el fondo del valle. El 6.° Regimiento de Fusileros iba a cruzar la corriente en botes de goma, pero se veía contenido por intenso fuego de artillería y por las armas ligeras, sumamente molestas, que los franceses manejaban desde la rocosa orilla occidental.

La situación distaba mucho de ser agradable. Nuestros botes quedaban destruidos uno tras otro por el fuego de flanco de los franceses, y el cruce del río hubo de detenerse provisionalmente. Los soldados enemigos estaban tan bien ocultos que era imposible localizarlos, ni aun a través de un cuidadoso examen con los prismáticos. Una y otra vez dirigían su fuego contra el sector en el que yo y mis acompañantes —los jefes de la Brigada de Fusileros y del Batallón de Ingenieros— nos hallábamos. Una cortina de humo tendida sobre el agua hubiera evitado mayores males, pero no disponíamos de tal medio. Hube de ordenar que se incendiaran unas casas del valle con el fin de obtener el camuflaje que necesitábamos.

Conforme iban transcurriendo los minutos la reacción enemiga se intensificaba. Un bote de goma averiado seguía la corriente con un herido grave, aferrado a su borda, pidiendo socorro a grandes voces. El pobre estaba a punto de ahogarse, pero no fue posible prestarle ayuda a causa del nutrido fuego de que se nos hacía objeto.

Entretanto, el pueblo de Grange[1], sobre la orilla izquierda, había sido tomado por el 7° Batallón motociclista, aunque sin conseguir limpiar el terreno con la deseada rapidez. En consecuencia, di órdenes para que el enemigo fuese eliminado de las rocas de la orilla occidental.

Acompañado del Capitán Schraepler me dirigí hacia el sur en un Panzer IV, para ver cómo iban las cosas en el 7.º Regimiento de Fusileros. Por el camino caímos varias veces bajo el fuego adversario, y Schraepler resultó

1. Dos kilómetros al oeste de Houx y del Mosa y casi cinco al noroeste de Dinant.



Rommel, a la izquierda, observa los trabajos para preparar el remolque de un averiado Panzer 38 de la 7.ª División Panzer. Imagen de la campaña de 1940 (Bélgica o Francia). Fuente: Bundesarchiv.

herido en un brazo por la metralla de una granada. Conforme avanzábamos se nos rendían soldados franceses desperdigados.

A nuestra llegada al 7º de Fusileros, éste había conseguido situar una compañía en la orilla opuesta, pero la resistencia enemiga se hizo tan violenta, que el equipo flotante quedó reducido a pedazos y el cruce se detuvo. Buen número de heridos recibían atención en una casa, junto al puente destruido. Como más al norte, tampoco allí se veía al enemigo encargado de detener la travesía del Mosa. No era posible situar a más hombres en la otra orilla sin poderoso apoyo artillero y de tanques que destruyeran los nidos enemigos. Me dirigí, pues, al Cuartel General de la División, donde me encontré al coronel general von Kluge, jefe de Ejército, al comandante de Cuerpo de Ejército, General Hoth.

Tras haber debatido la situación con el mayor Heidkaemper y realizado los preparativos necesarios proseguí, a lo largo del Mosa, hasta Leffé (pueblo en las afueras de Dinant), con el fin de intentar otro paso por allí. Había ya dado órdenes para que varios Panzer III y IV y un destacamento de artillería se pusieran a mi disposición. Abandonamos el vehículo de transmisiones en un lugar situado a unos 500 metros de la orilla y proseguimos a pie, atravesando granjas desiertas, en dirección al Mosa. En Leffé encontramos cierto número de botes de goma, más o menos estropeados por el fuego enemigo, tirados en la calle, allí donde nuestros hombres los dejaron. Llegamos al río

tras haber sido bombardeados por nuestra propia aviación.

Una vez en la presa de Leffé, echamos una ojeada al puente para peatones, obstaculizado por el enemigo con una plancha erizada de púas. Por el momento había cesado el fuego en el valle y torcimos hacia la derecha, atravesando algunas casas, hasta el lugar del cruce. La operación estaba paralizada por completo, y los oficiales se mostraban sumamente preocupados por las bajas sufridas entre la tropa. En la otra orilla se veían algunos hombres de la compañía que había atravesado la corriente, entre ellos bastantes heridos. También se observaban botes de goma inutilizados. Los oficiales informaron de que nadie se atrevía a mostrarse, ya que el enemigo dispara inmediatamente.

Varios de nuestros tanques y armas pesadas se hallaban emplazados en el embarcadero, al este de las casas, pero al parecer habían agotado hasta el último cartucho. Sin embargo, los tanques pedidos por mí llegaron al poco rato, seguidos por dos obuses de campaña del Batallón Graseman.

Todos los puntos de la orilla opuesta, en los que se suponía la existencia de tiradores, fueron sometidos al fuego de las nuevas armas, concentrándose en peñascos y construcciones. El teniente Hanke derrumbó un reducto de cemento, en la rampa del puente, mediante varios disparos. Los tanques, con sus piezas apuntando hacia la izquierda, avanzaron lentamente en dirección norte, a unos 50 metros del Mosa, vigilando estrechamente las laderas opuestas.

Bajo la protección de su fuego se reanudó el paso del río, y se tendió un cable mediante el cual poder remolcar varios grandes pontones. Los botes de goma cruzaban en uno y otro sentido, haciendo uso de sus remos, y transportando a nuestra orilla a los heridos. Un soldado que cayó de uno de ellos pudo cogerse al cable y se hundió en la corriente, rescatándolo el soldado Heidenreich, el cual se zambulló, logrando arrastrarlo hasta la orilla.

Tomé personalmente el mando del segundo batallón del 7.º Regimiento de Fusileros, dirigiendo sus operaciones por algún tiempo.

En compañía del teniente Most crucé el Mosa en uno de los botes, uniéndome a la compañía que se encontraba allí desde primeras horas de la mañana. Desde su puesto de mando podíamos ver cómo las Compañías Enkefort y Lichter realizaban rápidos progresos.

Me dirigí hacia el norte, a lo largo de un profundo barranco, para unirme a la Compañía Enkefort. En el momento en que llegábamos alguien dio la voz de alarma: «¡Tanques enemigos frente a nosotros!». La compañía no tenía piezas antitanques, y en consecuencia di orden de que todas las armas disparasen sobre los vehículos con la máxima rapidez, tras